



In memoriam

Alan D. Deyermond

(El Cairo, 1932 - Londres, 2009),

amigo y maestro

Francisco Crosas

Facultad de Humanidades de Toledo

APE Garcilaso de la Vega

“Nacido en El Cairo, su familia se trasladó a Liverpool y posteriormente a las islas del Canal. Formado en la universidad de Oxford, pronto le atrajo la literatura española medieval, en especial el *Cantar de*

Mío Cid, el *Libro de buen amor* y *La Celestina* [...] Deyermond impartió su docencia en el Westfield College de Londres desde 1955, fusionado en 1990 con el Queen Mary College, hasta su jubilación en 1997. En la Universidad de Londres fue lector en 1958, reader en 1966 y catedrático en 1969. Ha escrito veinticuatro libros —doce como autor y doce como editor— y más de ciento cincuenta artículos científicos. En su primer libro, un estudio sobre las fuentes petrasquescas de la *Celestina*, *The Petrarchan Sources of “La Celestina”* (Londres, Oxford University Press, 1961, reed. revisada, 1975), demostraba que el Índice temático de las *Opera* de Francesco Petrarca había servido de florilegio a Rojas y que este no se tomaba la molestia de averiguar si las sentencias anotadas coincidían con el texto. Lo que no quiere decir que a veces Rojas no consultara directamente determinadas obras del italiano, y desde luego el *De remediis utriusque fortunae* que tanto le impresionó”. (*Wikipedia*, 26.X.09)

El pasado 19 de septiembre nos dejó el bienamado Alan Deyermond, a quien tuve el privilegio —como tantos otros, pues era hombre muy sociable— de tratar desde el año 1989, cuando lo conocí en Salamanca, en un congreso de la Asociación Hispá-

nica de Literatura Medieval. Como desde entonces he procurado asistir a esa cita bianual de los hispanomedievalistas (término que él acuñó), he podido tratarlo y disfrutar de su perspicacia intelectual y también de su sentido del humor.

Hace unos años, cuando impartía clases en la Universidad de Navarra, tuve el honor de participar con él en un coloquio y de ser su anfitrión en Pamplona. A mí, uno de sus lectores jóvenes (quién no se acuerda de “el déyermon” para la asignatura de Medieval, en Ariel), me trató siempre con una benignidad y una deferencia que me sonrojaban.

Su magisterio ha sido múltiple: autor de numerosos trabajos, ha compaginado la investigación con una cuidadosa docencia, así como con la promoción de investigadores jóvenes. Son muchos los que a los largo de las últimas décadas se han formado en el Westfield College a su vera. En la única ocasión que participé en uno de los coloquios anuales del Westfield lo recuerdo tomando leche de soja con el té (era un severo vegetariano) y acompañado de su caniche gigante Tom.

En Valladolid lo esperábamos hace unas semanas. Suspendió su viaje (tenía ponencia prevista) por motivos de salud y al concluir la actividad supimos de su fallecimiento. He rezado apesadumbrado y agradecido al mismo tiempo. Su memoria continúa, sus libros permanecen (sigo recomendando a los alumnos el excelente opúsculo cidiano de 1987), pero, sobre todo, él, seguro ya de si el *Cid* fue escrito o no por Per Abbat, contempla sonriente nuestros desvelos por una coma, un verso hipermétrico o un anglicismo respondón. ■